

EN LA I FERIA NACIONAL DEL CAMPO

«Ya puedes estar contenta»

PORQUE has podido llevar, Peraleda de la Mata, a un certamen nacional, el ritmo y las cadencias de tus bailes, el sabor de tus cantares y el sonar de la vihuela, el almirez y el pandero. Ese son, que transtorna y embelesa y cautiva el corazón y le emociona y ensancha hasta quererse salir porque no cabe en el pecho, para transportarnos a otros tiempos, que porque los creemos mejores quisiéramos traerlos otra vez aquí.

* * *

Has mandado a tus mujeres: belleza de esas mujeres sin retoques ni pinturas, con la carne tensa y dura que despide la fragancia de lo puro y de lo sano, y que tienen piel morena de los aires y del sol, que la dieron el perfume del tomillo y del romero y el color de esa manzana fresca y sana, que se crían en el huerto que se cuida con amor.

Las medias de malla blanca, los refajos estampados de bayeta *colorá*, jubón de brochado negro bordado con lentejuelas, de raso la mantellina, cintas bordadas al moño, pendienteones de herradura, gargantilla y rosicré, y horquillas de plata fina en los rizos de ese pelo que besándote en el cuello embellecen y resaltan lo mejor de tu hermosura. Tienes donaire y hechura y rango de majestad, ...yo no sé si llegaría a encontrarse en todo el mundo a otra mujer que contigo se pudiera comparar.

Y vosotros, hombres duros de la tierra, enjutos y sarmentosos del trajín; pantalones de tricot y chaqueta de astrakán, camisa de grano de oro con la pechera *bordá*, faja de merino fino, zapatos de cordobán, chaleco de terciopelo con los botones de plata y sombrero calañés con las alas un poquino *remangás*. ...¡con la vihuela en la mano toda llena de madroños, era p'a tallarte en bronce y ponerte donde todo el mundo te pudiera contemplar!

* * *

El que estuvo y pudo verlo vivirá los días todos de su vida el recuerdo de aquellas horas que nunca podrá olvidar. La estampa de aquellos trajes, galas de nuestros abuelos; los sones de la guitarra, las canciones de la tierra en la capital de España; y aquel pueblo fervoroso que gritaba y aplaudía a estas muchachas de vida tan austera y tan sencilla. ¡Dios mío!, qué cosas hacen los hombres cuando saben dirigir y cuando saben mandar. Sacar de la entraña pura de

este elemento rural, lo que vivía en letargo y en trance de morir ya; esa joya, ese tesoro que tiene la poesía de ese son, de ese cantar; y elevarlo, y pasearlo por toda la España entera; y mucho más: por el mundo; y con ello arrancar los sentimientos y los recuerdos más puros a toda la humanidad.

Pena fué que no pudiera este pueblo trasladarse en un instante y presenciar la emoción de aquella hora; los plácemes, los saludos, el entusiasmo de aquellas gentes que entienden, de aquellas gentes que saben; gentes de elevada alcurnia, gentes del alto poder, y... tan francas, tan cordiales y sencillas al tratar; un Ministro, un escritor, un Obispo de Colombia, un Teniente General; todo el pueblo de Madrid hecho cuerpo y hecho alma en la forma de sentir y en la manera de amar.

Un pueblo le habló a su patria en la capital de España en el morir de una tarde caliente de primavera; y ya en el anochecer subió hasta arriba al cruzar aquel ramaje frondoso de la Real Casa de Campo, el rasgar de una guitarra, las sonajas-castañuelas, el trino del almirez, las palmas de tus mujeres y aquella copla rondeña cuando el grito o el lamento de Juanito Salomé bordaba en aquel cantar:

Capitana valerosa
Bien puedes poner bandera,
Que a las dos de la mañana
Tu ronda fué la primera.

Has enviado a hijos tuyos Peraleda de la Mata a un certamen nacional, y con ello has cooperado un poquito —no seas nunca vanidosa— a dar realce y belleza a la causa de tu Patria y a ese Estado que tan bien la representa. Has elevado también la fama de Extremadura y el nombre de tu Provincia; y por eso nada más, Peraleda de la Mata, «ya puedes estar contenta».

LUCIO



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

PLAZUELAS CACEREÑAS

EN MI PLAZUELA «Santa María»

EN mi viaje, de la nada al Mundo, pusieron la estación de mi destino en Extremadura, tierra tan ancha que más que de pastor tiene horizontes de marino. Tierra no dura, pero sí recia, trajinera de historia a caballo de los océanos, pero tan sencilla—siendo tan grande— que toda su provisión espiritual la lleva en unas alforjas, que equilibra poniendo igual porción y peso de alma andaluza que de castellana.

Dicen—¡se dicen tantas cosas!—que cuando las huestes castellano-leonesas—arnés, loriga y espada—bajo la fe de Cristo llegaron a estas tierras, ya los míos venían en ellas como caballeros. Tomaron, pues, parte en la conquista... y en el reparto.

Yo ví la luz en un viejo palacio de piedra cantería que, durante siglos, avaricioso robó a los ocasos—tarde a tarde—onzas de oro con que teñir su fachada de esa vieja pátina, a medias roja, como de sangre muerta, a medias rubia, del rubio del rizo del trébol. Frente al palacio—como sonrisa de luz—se entreabría una plazuela, que para no desdecir, como se dora el pan en las tahonas se fué dorando toda ella.

Pasados unos días, en la Iglesia, tan vecina que cierra un lado a mi plazuela, me pusieron el agua que bautiza y limpia, y por primera vez mi plaza y yo nos conocimos. Desde entonces, cuántas mañanas, ¡cuántas son ya, Señor!, el beso de su luz—para alcanzarme antes—se colaba en el zaguán atravesando un patizuelo y me esperaba en el descanso de la vieja escalera, entretenido en ponerle sombras al grifo de piedra del labrado pasamanos. El humor del día se me metía en el alma; y así, cuando en el descansillo nos encontrábamos el rayo jugueteón y yo, me brincaba el corazón de gozo, y cogido de su mano salía a mi plazuela, a llenarme de luz, que es llenarse de alegría. En cambio, cuando el día lloraba, qué triste me sentía.

Por una asociación de ideas que no logro explicarme, relacionaba los días con la luz, el color y mis clases. Pase, porque un día de clase lo enlutaran nubes de tormenta, pero los días de fiesta qué gusto daba el sol.

Las fiestas siempre las representé en el espíritu por el rojo; por eso los domingos—mis mejores días—brillaban rojo fuerte, y me atraían, me atraían... como la primavera a las rosas. Eran maravillosas aquellas mañanas cuando la banda del regimiento llenaba de música la calle. Mi plazuela parecía agitarse como se agita una mozueta, y yo la ví más de una vez esconderse en el rincón más apartado las notas que la emocionaban. Unos señores graves decían que era el eco. ¿Pero qué saben los hombres de estas cosas? Eran los sonos